

o niña, y qué felicidad. El marido también está feliz frente al mundo y aguanta todo tipo de bromas. Ellos siempre están encantados de presumir la panza de su mujer.

El parto es difícil; se pasan a morir. Pero bueno, qué divino el niño. Lo espeluznante viene después: la época de los grandes en la prepa y en la universidad y la señora de mediana edad con su hijito de un año, dos años, tres años, cuatro años. Los pañales y los biberones. El kinder. La primaria. Otra vez la *m* con la *a*. *Mi mamá me mimá*. Y con quién lo dejaré, y yo como que ya no tengo tantas fuerzas ni tanta paciencia. Pues claro que no, y entonces lo bueno es que ahí están las hermanas grandes, que se frieguen y me ayuden.

Y todo esto es igual, pero peor, en el otro grupo, que es el de las divorciadas que se vuelven a emparejar, y también, teniendo hijos grandes, deciden embarazarse porque el nuevo galán les *pide un hijo*. Ellas francamente ya no querían. Ellas estaban empezando un segundo aire, una nueva etapa: la de la madurez, la de dar otro tipo de frutos. *Pero pus él quiere*. Y no se te olvide que la pareja se afianza, se dignifica y se asegura sólo si tiene hijos, los frutos de nuestro gran amor.

Y él las convence. El, ese mismo que trata bastante mal a los hijos grandes de ella y a sus propios jóve-

nes hijos, a los que casi no pela. El, que no le ayuda mucho que digamos con la lana ni con nada. El, que aunque ahorita prometa cambiar pañales, claro que no va a cuidar al chavito de un año, dos años, tres años.

Y por Dios santo que todas las que conozco son inteligentes. Casi todas universitarias. Mujeres que tienen elementos, que tienen medios, que tienen posibilidades muy interesantes. Que están empezando a triunfar en sus trabajos. Como Blanca, que estaba a punto de por fin ser directora de su facultad. Como Lucha, que ya estaba acabando la maestría. Como Graciela, que era brillante en su profesión y ganaba su buena lana, y lo dejó todo por tener dos bebés de su nuevo marido, y se fue empobreciendo y embruteciendo y se fue devaluando y se fue deprimiendo hasta estar irreconocible hasta para ella misma.

Todas ellas, en su cuarentena, ya tenían un pie en la libertad y en la independencia. Pero no. Cómo crees. Todavía el marido y lo que él quiera son lo primero. ¿Enfrentarme yo a sus deseos y a mis deseos? ¿Enfrentar yo mi madurez y mi vida, yo solita? ¿Cuestionar mi vida con mi pareja? Ay no, qué horror. Mejor me sigo *realizando como mujer*. Mejor sigo en la chinga. Mejor cuido niños y conservo a este hombre. Que, en última instancia, es lo más importante de este mundo, mi destino, mi vocación, mi fin último, aquello para lo que nací. ☺

Imposible ser buena madre

Anilú Elías

Si tú te preocupas por ser buena madre, ahora o en el futuro inmediato, ¡olvidalo! No hay la más remota posibilidad hoy día (y en los próximos años) de ser buena madre. No es puro pesimismo, es que tal y como se plantean las cosas, es simplemente imposible. Porque lo que se nos pide por un lado es contrario a lo que se espera de la educación por el otro y no hay reconciliación entre ambos campos.

A) *Si crees ser buena madre porque te preocupa el auténtico bienestar de tus hijos.*

Vamos a pensar que tú de verdad quieres que ellos —y sobre todo ellas— sean felices, que acepten su cuerpo, su sensibilidad, sus sentimientos; si te interesa que no se traumen, que no se acomplejen, que no sean reprimidos; si quieres que sean capaces de expre-

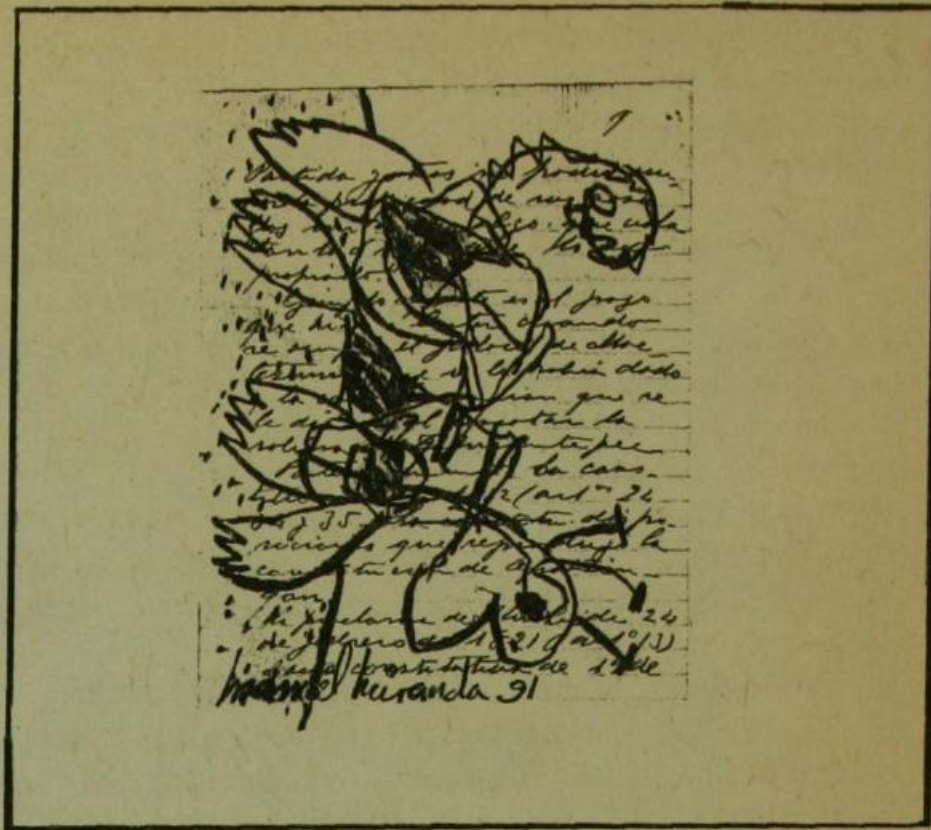
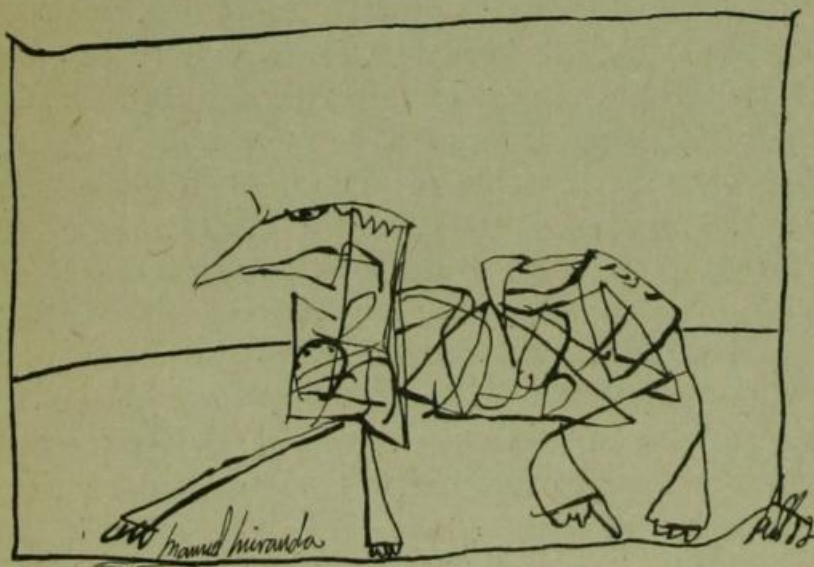
sarse, de manifestar su creatividad, y si ¡oh audacia! pretendes que tus hijas tengan derecho a su sexualidad y que tus hijos sean verdaderos compañeros y no amos y señores. . . ¡Aguas! Se te va a echar encima la otra parte de la sociedad, LA PARTE GRANDOTA que dice que eso está mal, que es la causa de todos nuestros males, del relajamiento de la moral, de la droga, el alcohol, la delincuencia, etc., etc. La lista es muy larga de todas las acusaciones que te van a hacer.

O sea que si eres una madre libertaria y buena onda, de esas que no dejan listos a sus hijos para pasarse quince años en el diván de la piscoterapeuta o del analista, la sociedad te chifla. Y es una rechifla larga y sostenida, no te creas que te chiflan un ratito y ya. . . Tú serás enjuiciada como propiciadora de los horribles vicios de la juventud actual, tus hijos serán vistos como casi delincuentes (aunque ahora sólo tengan siete años), tu forma de educar será calificada de liberti-

naje y tu propia madre meneará la cabeza contemplándote como un caso perdido. Tus hijos tendrán un camino difícil a recorrer, desde críticas en la escuela hasta rechazos con sus futuros novios y suegros. ¡Ay de ti, pobre madre buena onda!

B) *Si crees ser buena madre porque te preocupa formar ciudadanos y ciudadanas de bien, orgullo de su familia y de la Patria.*

Vamos a pensar que tú, como tu madre, tu abuela y tu bisabuela, te quieres ganar los laureles de la Patria por formar hombres y mujeres de bien que llenen de orgullo a su familia y que mantengan en alto los VALORES (con mayúsculas) DE LA SOCIEDAD: o sea, que sepan dedicarse, si son hombres, a la noble misión de ser empresarios, padres de familia y ciudadanos ejemplares; si son mujeres, a cumplir con las labores propias de su sexo, sin contemplar ninguna otra actividad que pueda desdorar o menoscabar tan alta misión. Y vamos a pensar que con el pan en una mano y el palo en la otra mantienes los más altos estándares de disciplina: tus hijos no van a conducir un auto, ir a una discoteca o beber una copa antes de los veintiún años; tus hijas irán a escuelas religiosas, únicamente para mujeres, nunca verán a un ser del sexo opuesto que no sea su padre o hermano a menos de dos metros de distancia, jamás irán a fiestecitas de esas que... ¡mejor ni describirlas! y se casarán con su único novio, de blanco y debidamente inocentes y puras a los 18 para formar una familia y atender a su esposo y su casa... ¡Pobre de ti! Seguramente vas a ser comentada durante largos años con el tereapeuta, la psicoanalista o el consejero sexual. Tus hijos te acusarán de: a) castrante, b) represiva, c) sobreprotectora, d) asfixiante... (si son hombres); y de a) traumante, b) rechazante, d) acomplejada, d) enferma, e) frígida... (si son mujeres)... O sea, ¡los traumaste!



Si eres esa madre que la Patria aplaude, la formadora de ciudadanos decentes y rectos, tus hijos te chiflan. Gastarán sus dineros en años de terapia para rescatar su sexualidad reprimida (por ti), para restablecer su equilibrio emocional alterado (por ti), para redescubrir su sensibilidad aplastada (por ti), para reencontrar su creatividad asfixiada (por ti). Tendrán un camino difícil a recorrer —ellos también— desde padecer una terrible timidez hasta la frigidez (en mujeres) desde una agresividad moderada en la escuela hasta una agresividad sostenida que se convierta en misoginia en su edad adulta (si son hombres). ¡Ay de ti, pobre madre cumplida y disciplinaria!

Como no puedo lavarme las manos como Herodes (también se lavaba las manos alguna vez) y dejarte con la desesperanza a cuestas, te diré lo que dice una famosa educadora francesa, Francoise Dolto: "Educa como te salga del corazón". No lo hagas como dicen los libros (luego los autores se equivocan y piden perdón una generación después); no lo hagas como dice tu mami o tu suegra, ni siquiera como dice tu mejor amiga. Dales a tus hijos lo que, en sinceridad, te salga de adentro: sé congruente contigo misma. Si te arruga el alma un niño grosero, no seas permisiva, porque tarde o temprano te van a soltar una palabrota y tu espíritu porfiriano se va a sonrojar; si te duele el corazón un niño que llora cuando le pegan —aunque ni siquiera sea tu niño— no pretendas ser disciplinaria, el corazón se te va a resquebrajar. Dales lo que, en sinceridad, te salga de ti misma, de tus dudas, de tus contradicciones. Y sabes ¿qué? Dícelos. Habla de tus dudas, tus desconciertos, tus desaciertos. No te asustes de decir "me equivoqué" y rectificar el camino. Y, sobre todo, si ya los tienes ¡disfrúta-los! Pasa pronto su infancia y luego echas de menos hasta los pleitos.

Y, como el cohetero, haste a la idea de que te chiflen. ☺